

# **-Aprender la lección-**

**Seudónimo: Bluth**

*Uno.*

Es imposible describir el dolor de un latigazo. Va más allá del músculo y de la sangre. Ataca directamente a la conciencia, a la voluntad de seguir siendo. Lacera sin compasión la solidez de todo aquello en lo que crees, y te convierte de pronto en un niño desnudo en mitad de una tormenta.

*Dos.*

Son rápidos, como dentelladas de un animal pequeño y cobarde. Muerde y huye. Cada restallido anticipa el impacto. El sufrimiento, por tanto, es doble. Apenas queda espacio para pensar o para sentir un mínimo alivio entre cada uno de los golpes.

*Tres.*

Cuando mi madre me visita, se acuclilla junto a mí en silencio. Sé que he traído la vergüenza a la familia y sólo espero que ellos no sean también castigados.

*Cuatro.*

Me detuvieron por hablar mal en mi asignatura de la familia real. Nunca pretendí ser subversivo, ni demasiado crítico, simplemente quise que mis alumnos aprendieran a serlo

*Cinco.*

Por algún motivo, decidieron que mis clases no sólo atentaban contra el gobierno, sino también contra los valores religiosos, los valores morales, la moral pública y la vida privada.

*Seis.*

La condena: diez años de cárcel y mil latigazos, repartidos durante cuarenta viernes consecutivos en cómodas sesiones de veinticinco azotes con una vara de avellano en cada una.

*Siete.*

Esta es mi cuarta semana. He perdido la cuenta de todas las marcas que adornan mi cuerpo, y a estas alturas ya tengo claro que no soy un héroe.

*Ocho.*

La primera vez me desmayé antes de que acabaran. La segunda, se ensañaron con mis piernas y no pude caminar durante cuatro días. En la tercera aguanté sin gritar hasta el final, quizá ellos fueron más benévolos, quizá yo me voy acostumbrando a la violencia.

*Nueve.*

Amina, en el silencio te recuerdo, susurro las letras de tu nombre, y te pido perdón.

*Diez.*

Los torturadores saben hacer muy bien su trabajo. Te dejan creer que sigues vivo mientras te anulan por completo, borran cuanto te convierte en un ser distinto sobre este miserable planeta y, cuando terminan contigo, ya no eres más que una carcasa vacía, un amasijo de huesos con forma de hombre.

*Once.*

¿Merece la pena la libertad de expresión? ¿La libertad de reunión? ¿El pensamiento crítico? Puede que sea mejor hacer lo que me digan, ser lo que ellos quieren que sea.

*Doce.*

No sé si habrán cerrado la facultad por mi culpa. Hace unos días me pareció reconocer al decano, pero no estoy seguro. Pasó esposado por delante de mi celda. Lo conducían hacia la segunda planta. Lo último que vi de él fue su espalda congestionada en llanto.

*Trece.*

Ser profesor fue siempre mi vocación, el único destino posible de mi viaje. Transmitir todo el conocimiento posible. Estimular la duda, la curiosidad. Si sobrevivo, ¿podré seguir enseñando? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para quién? De entre las universidades del país que se peleaban por contratarme, ¿alguna aún se acordará de mí?

*Catorce.*

El olor de Amina al atardecer. Sus manos delicadas y firmes, hechas de arena y sombra, preparadas para acariciar la cabeza de un enfermo o el estómago de un recién nacido.

*Quince.*

La piel se retuerce sobre sí misma, se endurece y se clava despacio sobre la carne. Mi propio cuerpo me hiere, y me dan ganas de reír al darme cuenta de que eso es lo que he estado haciendo desde mi primera infancia: herirme, lanzarme al vacío, a pozos cubiertos de barro y espinas sin que nadie me obligue.

*Dieciséis.*

Mi mente, por ejemplo, también conspira contra mí. Sé que está apuntando datos, guardando, en rincones inaccesibles para cualquier interrogador, todos los detalles de esto que me está sucediendo. Sé que me impulsará a contar mi experiencia delante de toda mi clase cuando salga de aquí. Si salgo de aquí.

*Diecisiete.*

No lo hagas, por favor, no lo hagas. Recuerda: tus alumnos no son tan importantes. No necesitan saber cómo funciona el mundo para seguir viviendo. Es más, para seguir viviendo es mejor que no sepan cómo funciona el mundo.

*Dieciocho.*

¿Y qué voy a hacer si no? Al fin y al cabo, no soy más que un triste profesor universitario.

*Diecinueve.*

Algo, probablemente una astilla desgajada de la fusta, ha penetrado en mí limpiamente hasta rozar uno de los nervios de mi espalda. Me he desplomado.

*Veinte.*

No sé cuánto tiempo he permanecido en el suelo. Cuando me han levantado, estaba cubierto de vómito y, al incorporarme, se me ha caído el saco de esparto con el que cubren mi cabeza. He escuchado un murmullo a mi alrededor. Estoy un patio que no conozco de la prisión, rodeado de personas que me miran con hastío y de cuatro paredes que se extienden hasta el infinito. Allá, al fondo, un minúsculo cuadrado de cielo quiere tentarme con la fantasía de una vaga esperanza, pero no, yo sé que todo está perdido.

*Veintiuno.*

Deciden terminar por hoy sin taparme de nuevo los ojos.

*Veintidós.*

A veces me gustaría creer en Dios.

*Veintitrés.*

A veces me pregunto cuáles habrán sido los titulares en la prensa extranjera sobre mi detención ¿Habrá habido titulares sobre mi detención?

*Veinticuatro.*

A veces imagino la vida de Amina sin mí. Si yo no hubiera existido, ahora mi esposa sería feliz. No puedo dejar de pensar en ello, y al hacerlo soy consciente de que me han derrotado y que no han tenido que esforzarse

demasiado para conseguirlo. Me han convencido de que sobro, de que soy dañino y, seguramente, dentro de unas semanas creeré que tenían razón cuando me acusaron de atentar contra el orden público, la religión, la moral y la vida privada.

*Veinticinco.*

El último es un latigazo blando, desgano, similar al manotazo despreocupado que se le dedica a un insecto insignificante. Cuando me desatan ni siquiera necesitan conducirme de regreso a mi celda, soy yo quien se da la vuelta y camina mansamente hacia el pasillo, con la mirada hundida entre mis pies. He comprendido el verdadero significado de este castigo. No se trata de dañar, sino de someter. Han grabado la cárcel a fuego en lo más profundo de mis entrañas. Podrían soltarme ahora mismo en mitad de una plaza y continuaría estando preso. Han vencido. Han matado al hombre. Lo que no sé, lo que no podré saber hasta que no tenga un alumno frente a mí, es si también han matado al profesor.